



Francisco de Quevedo

**DISCURSO DE
TODOS LOS DIABLOS**

El Discurso de todos los diablos (al que también se dio por título *El entremetido, la dueña, y el soplón*) se vale de la narración, de la descripción y del ensayo para lograr un tratado original de incisiva filosofía política y ética. Dicen los críticos que, emparentado con una de las obras más importantes de su autor, *Los Sueños*, los aventaja en peso doctrinal y que ninguna otra refleja mejor lo que pensaba sobre la sociedad de su época. Pues para él no había mayor infierno que el de la sociedad humana.

AVISO AL LECTOR

NO TE EXTRAÑE encontrarte a ti mismo en el infierno. Quevedo publicó esta obra en 1627. Poco después fue censurada por el padre Diego Niseno, acaso porque en ella había entrevisto a algún conocido suyo o su propia imagen en un espejo entre las llamas.

Una marabunta de personajes salvados por la Historia están condenados en estas mazmorras incandescentes: discuten, insultan, patalean, reniegan, se golpean, vociferan. Peores son que los diablos. Lucifer no da abasto. Sólo su presencia en cada corrillo de desesperados sirve como bombero de tanto ardor, arbitrando las disputas entre emperadores y validos, cornudos y mujeres, poetas y poetas, filósofos y reyes, padres e hijos. También hay alguno que se conforma con dar las razones por las que prefiere el fuego eterno a la vida, después de rechazar la oportunidad de regresar a ella.

Recordemos un cuadro del Bosco. Aquí lo vamos a encontrar escrito: el ingenio se hizo verbo; forma la travesura. Siglos después, la prosa de Quevedo continúa siendo un viaje novedoso.

El Discurso de todos los diablos (al que también se dio por título *El entremetido, la dueña, y el soplón*) se vale de la narración, de la descripción y del ensayo para lograr un tratado original de incisiva filosofía política y ética. Dicen los críticos que, emparentado con una de las obras más importantes de su autor, *Los Sueños*, los aventaja en peso doctrinal y que ninguna otra refleja mejor lo que pensaba sobre la sociedad de su época. Pues para él no había ma-

yor infierno que el de la sociedad humana. Ella lo construyó con sus vicios y pasiones. Muy pocas páginas hay en nuestra literatura como aquella en la que Lucifer comenzó diciendo a sus hordas de diablos: «¡Mando que todos vosotros tengáis a la Prosperidad por diabla máxima, superior y superlativa, pues todos vosotros juntos no traéis la tercera parte de gentes que ella sola trae!».

Buen viaje entonces. Suerte. Y nos os asoméis demasiado a las calderas de Pero Gotero. El mismo Quevedo puede empujaros.

Ernesto Pérez Zúñiga

DISCURSO DE TODOS LOS DIABLOS, INFIERNO ENMENDADO O EL ENTREMETIDO Y LA DUEÑA Y EL SOPLÓN

DISCURSO DEL CHILINDRÓN legítimo del enfado, ahora de don Francisco de Quevedo Villegas, caballero de la Orden de Santiago; y limpio de manchas de traslados y descuidos de impresores, y añadidas muchas cosas que faltaban.

DELANTAL DEL LIBRO, Y SÉASE PRÓLOGO, O PROEMIO QUIEN QUISIERE

ESTOS PRIMEROS RENGLONES, que suelen, como alabar-
deros de los discursos, ir delante haciendo lugar con sus
lectores al hombro, píos, cándidos, benévoloos o benignos,
aquí descansan deste trabajo, y dejan de ser lacayos de
molde y remudan el apellido, que por los menos es limpie-
za^[1]. Y a Dios y a ventura, sea vuesa merced quien fuere,
que soy el primer prólogo sin tú y bien criado que se ha vis-
to, o lea, u oiga leer. Éste es el discurso del *Entremetido* y
la Dueña: si le pareciere que son una propia cosa, sea en
buena hora; que ya sabemos que no hay entremetimiento
sin dueña ni dueña^[2] sin entremetimiento. Ni se detenga
vuesa merced en examinar qué género de animal es la tris-
te figura de los estrados; y avergüéncese, pues en cosa tan
menuda se atollan tan reverendas hopalandas y un grado
tan iluminado y una barba tan rasa. Ésta es de mis obras la
quinta demonia, como la quinta esencia.

No se escandalice del título; créame y hártese de dueña
vuesa merced, que podría ser diligencia para excusarla. Si
le espantare, conjúrela y no la lea ni la dé a los diablos; que
suya es. Si le fueren de entretenimiento, buen provecho le
hagan; que aquél sabe medicina que de los venenos hace
remedios, y agradézcame vuesa merced que por mí le en-
señan las dueñas, que chían y tientan. Si vuesa merced fue-
se murmurador, sería otro tanto oro que a puras contradic-
ciones y advertencias me daría a conocer, y no ha de haber

Zoilo^[3] ni envidia, ni mordaz, ni maldiciente, que son el Sodoma y Gomorra, Datán^[4] y Avirón de la paulina de los autores. Y si fuere título quien leyere estos renglones, tráguese la merced, y haga cuenta que topó con un señor de lugares por madurar, o con un hermano segundo que no pide prestado; que suelen rapar a navaja las señorías.

CHISTE A LOS BELLACOS PÍCAROS CON QUIEN HABLO

TACAÑOS, BERGANTES, EMBUSTEROS, perversos y abominables, todo lo escrito en este discurso habla con vuestras vidas, muertes, costumbres y memorias: no hay que repujar nada hacia los buenos. Lo que han de hacer es no tomarlo ninguno por sí, sino unos por otros, y con esto ellos quedarán por quien son, y mi libro será bienquisto de los propios que abrasa y persigue, y porque no me antuvie^[5] alguno, tomo por mí lo que me toca, que no es poco ni bueno. Dios los confunda, si perseveran.

EL ENTREMETIDO Y LA DUEÑA Y EL SOPLÓN

SOLTÁRONSE EN LA caldera de Pero Gotero un soplón, una dueña y un entremetido, chilindrón legítimo del embuste, y con ser la casa de suyo confusa, revuelta y desesperada y donde *nullus est ordo*, los demonios no se conocían ni se podían averiguar consigo mismos: los malditos se daban otra vez a los diablos; no había cosa con cosa, todo ardía de chismes, los unos se metían en las penas de los otros. Mirad quién son entremetidos, dueñas y soplones, que pudieron añadir tormento a los condenados, malicia a los diablos y confusión al infierno. Plutón daba gritos y andaba por todas partes pidiendo minutas y juntando cartapeles. Todo estaba mezclado, unos andaban tras otros, nadie atendía a su oficio, todos atónitos. El soplón le dijo que había muchos diablos que no salían al mundo y se estaban mano sobre mano, y que otros no habían vuelto mucho tiempo había. La dueña, por otra parte, andaba con un manto de hollín y unas tocas de ceniza, de oreja en oreja, metiendo cizaña. Decía que mirase por sí Plutón, que había conjura para quitarle el diablazgo, y que entraban en ella dos tiranos, tres aduladores, médicos y letrados y mitad y mitad, y casi un ermitaño. No le quedó color al gran demonio cuando oyó decir el casi ermitaño. Parecióme a mí que lo daba todo por perdido. Calló un rato, y luego dijo: «¿Ermitaño, letrados, médicos, tiranos? ¡qué confección para reventar una resma^[6] de infiernos con una onza!». En esto que iba a visitar su reino, vio venir a sí el Entremetido. «Es-

to me faltaba, dijo. ¿Qué quieres contra mí?» Y empezó a mosquearse dél con toda su persona; mas él venía vaciándose de palabras y chorreando embustes. Díjole muy allá de lo que algunos trataban de huirse del infierno, y que otros querían dar puerta franca para que entrasen unos mohatreros^[7] y hipócritas, con que el mundo estaba rogando a los demonios y otras cosas, que si no se huye por no le sufrir, lo anega en embelecos y en cláusulas. Él, viendo el alboroto forastero de su imperio, y advertido destos peligros, con su guarda acompañamiento (que le sobran tudescos alemanes para ella después que Lutero y Calvino ladraron las almas de los ultramontanos) empezó la visita de todas sus mazmorras, para reconocer prisiones, presos y ministros. Iba delante el soplón haciendo aire, que atizaba y encendía sin alumbrar. La dueña en zancos de fuego se seguía, atisbando (como dicen los pícaros) todo lo que pasaba. El Entremetido, mirando a todas partes, no dejaba ánima sin gesto y reverencia. A cuál decía: «Bésoos las manos». A cuál: «¿Es menester algo?» Voseábase con los precitos^[8], llamábase de tú con los verdugos y los dañados; a cada cortesía de las suyas decían: Oxte^[9], más recio que a la llamada. Más quiero fuego, decía una, otra le llamaba *añadidura a las penas*, otra *sobrehueso del castigo*. Estaba un testigo falso entre infinita caterva dellos, en lugar más preeminente que todos, hecho maestro de falsos testimonios como de capilla. Llevábales el dicho como el compás, y todos juraban a un son. Tenían los ojos en las faltriqueras, mirando lo que no veían, y en la cara por ojos dos bolsas de fuego. Y así como vio al entremetido, dijo el maestro: «Por no verte me vine al infierno, y si advirtiera en que éste había de venir acá, fuera bueno, no por salvarme, sino por ir donde no podía entrar». En esto estábamos, cuando oímos gran tumulto de voces, armas, golpes y llantos mezclados con injurias y quejas. Tirábanse unos a otros por falta de lanzas los miembros ardiendo, arrojábanse a sí mismos

encendidos los cuerpos y se fulminaban con las propias personas. No se puede representar tan rigurosa batalla. Uno andaba disparándose a todos; parecía emperador: la cabeza tenía coronada de laurel, el cuerpo lleno de heridas, el cuello lleno de sangre. Estaba cercado de senadores, que con almaradas^[10] afiladas mal se defendían de su rabiosa furia y cruel enojo. Llegó a él Plutón, y dando un trueno que hizo temblar todo el infierno, le dijo: «¿Quién eres, alma, aun aquí presumida?». «Yo soy (le respondió) el gran Julio César, y después que se desbarató y mezcló tu reino, di con Bruto y Casio, los que me mataron a puñaladas con pretexto de la libertad, siendo persuasión de la envidia y codicia propia destes perros, el uno hijo y el otro confidente. No aborrecieron estos infames el imperio, sino el emperador. Matáronme porque fundé la monarquía; no la derribaron, antes apresuradamente ellos instituyeron la sucesión della. Mayor delito fue quitarme a mí la vida que quitar yo el dominio a los senadores, pues yo quedé emperador y ellos traidores; yo fui adorado del pueblo en muriendo, y ellos fueron justiciados en matándome. Perros (decía la grande alma de Julio César), ¿estaba mejor el gobierno en muchos senadores que lo supieron perder, que en un capitán que lo mereció ganar? ¿Es más digno de corona quien preside en la calumnia y es docto en la acusación que el soldado, gloria de su patria y miedo de los enemigos? ¿Es más digno del imperio el que sabe leyes que el que las defiende? Éste merece hacellas, y los otros estudiallas. ¿Libertad es obedecer la discordia de muchos, y servidumbre atender al dominio de uno? ¿A muchas codicias y ambiciones juntas llamáis padres, y al valor de uno tiranía? ¿Cuánta más gloria será al pueblo romano haber tenido un hijo que la hizo señora del mundo que unos padres que la hicieron con guerras civiles madrastra de sus hijos! Malditos, mirad cuál era el gobierno de los senadores, que habiendo gustado el pueblo de la monarquía quisieron an-

tes Nerones, Tiberios, Calígulas y Eliogábalos^[11] que senadores». En esto, Bruto, con voz turbada y rostro avergonzado, dijo a gritos: «¡Ah senadores! ¿no oís a César? ¿Esa maldad añadís a las otras contra el Príncipe, siendo autores de la maldad: culpar a quien os creyó? Hablad, responded; con vosotros habla el divino Julio. Tales sois, que yo y Casio fuimos traidores porque os creímos. Y si en las repúblicas multiplicando dominios ejercistes la soberanía, la codicia de repetir la primera dignidad os hizo negociar y no regir, o la consideración de la suerte alternativa os amedrentó para disgustar al que pudo tener al uno capaz del mismo puesto por pariente o amigo. ¿Qué pretendistes con vuestro engaño o nuestra traición? Responded a César; que nosotros padecemos castigo en nuestras afrentas». Uno de los senadores con sobrecejo severo, muy ponderado de facciones, con voz desmayada y trémula dijo: «¿Qué habláis los príncipes, si Ptolomeo^[12] rey mató vilmente al gran Pompeyo por tu causa, a quien debía el reino que tenía? ¿Qué delito fue en los senadores matarte a ti para cobrar los reinos que nos arrebataste? ¿Desquitar a Pompeyo es maldad? Júzguenlo los diablos. Achillas mató a Magno por mandado de su rey, y era un bergante que comía de sus delitos. Más infame fuiste tú, que viendo la cabeza de Pompeyo lloraste; más traidor fue tu llanto que su espada; sentimiento mandado fue el tuyo; de la piedad hiciste venganza; más atroz fuiste mirándole muerto que vencéndole vivo: ojos hipócritas no han de estar en la primera cabeza del mundo; nosotros empezamos la restauración con tu muerte; no apresuramos la venida de Nerón; el pueblo no supo escoger. Tal fuiste, tirano, que de tu sangre salieron, como de imperio hidra, de una cabeza cortada doce». Tornáranse a embestir si Lucifer no mandara con amenazas que César se fuera a padecer los castigos de su confianza, despreciadora de avisos y advertencias, y a Bruto y Casio envió a que fuesen escándalo de las almas políticas, ya los senadores repartió entre Minas

y Radamanto^[13]. Y nombrando infinitos buenos consejeros en todos tiempos, los atormentaban, y cada letra de sus nombres era un tizón para aquellos malditos senadores. Cuando entendieron que todo estaba acabado, asomaron por un cerro unos hombres corriendo tras unas mujeres; ellas gritaban que las socorriesen, y ellos decían: «Ténganlas». Mandólos Plutón asir. «¿Qué es esto?», preguntó, y uno dellos, muy asustado, dijo: «Somos los padres sin hijos, y estas bellacas...». Díjole un diablo que hablase más bien criado y verdad, que padres sin hijos no podía ser. Él replicó: «Pues todos nosotros somos padres que fuimos en el mundo casados, hombres de recato, de los de “en mi casa me como”, y otras hidalguías celosas, cartujos de alojamiento, asustados de visitas, calvos de amigas, que son todos los calzadores con que una frente calza el cuerno que le revienta en las sienes. Con esto nos echamos a dormir; cada año nos nacen hijos que criamos, por sustentarlos rozamos nuestras almas, y a pura condenación arañamos qué dejarlos. Y ahora, habiendo muerto ellas, se ha sabido que los hijos fueron concebidos a escote entre los criados y los amigos, y algunas concibieron como comadreas por el oído». En esto salió un maridillo que parecía cabo de hombre como de hacha, muy cercenado de carnes, con unas barbas de orozuz mascado, la habla entre ladrido y cinfonía^[14] que parecía que había comido gozques, y dijo: «Voto a tal, infame, que me has de desempadrar. Yo he sido ayo del hijo de mi negro; un real sobre otro me han de volver mi legítima. Y yo, que nunca entendí que hiciera la infame pecados tintos, teniendo tanto mozuelo moscatel en que escoger le decía: Domingo, no entiendo a tu alma. Y él luego, riéndose con una geta de un palmo, me respondía: Mi alma con la suya. Y esto sonaba alabanza, y era pulla». «Bien mirado, bueno es, decían todos los padres güeros, que un hombre pasase su vida sufriendo una preñada, regalando una parida, tragando un niño, pagando un bautis-

mo, sufriendo amas, oyendo *taita*, llorando de risa por las barbas abajo de que dijo *coco, mama*; y desto estamos corridos, que andábamos contando por las casas, mi hijo dijo hoy: *putenor pare*^[15] ¡Hay tal cosa! Ha de ser grande hombre. Y vive Dios, que pareciéndose a bulto nuestros hijos a sus padres, nos decían las malditas: A fe que no niegue a su padre. Hijo de padre si lloraba, hijo de padre si reía. Y nosotros, la boca abierta y el moco tan largo, comprando babadores y dijes, y ahora nos hallamos en los infiernos condenados cuquillos. No ha de pasar así». Fueles mandado que se retirasen a padecer su credulidad; lleváronlos al Jarama del infierno.

Gran revolución se vía en una sima muy honda de alma y diablos. Paróse la visita a entender lo que era; no se vio tal cosa jamás. Estaban atormentándose unos presumidos y otros vengativos y algunos envidiosos: «si yo volviera a nacer; si yo volviera a la vida; si muriera de dos veces». Los demonios estaban tan enfadados de oírlo, que les decían: «Ladrones, embusteros, infames, que estáis quebrándonos las cabezas con si volviéades a nacer —si volviéades a nacer mil veces, cada vez tornáades a morir peor, y a palos no os podremos echar de aquí. Mas para que se vea quién sois, ya tenemos orden para que volváis a nacer. Ea, picaños^[16], alto a nacer, alto a nacer». Cosa extraña, que los malditos que tanto lo blasonaban, así como oyeron decir alto a nacer se consumieron, y afligidos y tristes se sepultaron en un silencio medroso. Uno dellos, que parecía más entendido, con mucho espacio, suspenso de cejas empezó a decir: «Si me han de engendrar bastardo —hay pecado y concierto y paga y alcahueta y tercera parte como casa. Si he de ser de legítimo matrimonio —ha de haber casamentero y mentiras y dote, que son epítetos, y no dos cosas. Yo he de estar aposentado en unos riñones, y dellos, con más vergüenza que gusto, diciendo que se hagan allá a los orines, he de ir a ser vecino de la necesaria^[17]; nueve meses

he de alimentarme del asco de los meses, y la regla, que es la fregona de las mujeres, que vacía sus inmundicias, será mi dispensera; andaré revuelto en la sábana de la posada como quien da madrugón; lloraré porque nací, viviré sin saber qué es vida, empezaré a morir sin saber qué es muerte, envolveráme la comadre en mantillas, que me la jurarán de mortaja; enjugaré los pechos de un ama. Aquí entra lo de tener la leche en los labios; pónenme en una cuna; si lloro llaman el coco, si duermo me cantan^[18]

Con la grande polvareda.

La mú llaman al sueño las mujeres, y el mú al que se duerme; pónenme un babador, cuélganme dijes, nácenme los dientes. Voto a tal por no aguardar eso, y unas viruelas y el palomino muerto, y que no me rasque: ay *el angelico*, y a ro, ro, me esté en los infiernos siempre jamás. ¡Pues qué, si paso del sarampión, y ya mayor vaya la escuela en invierno, con un alambique por nariz, tomados todos los cabos del cuerpo con sabañones, dos por arracadas, uno a la gineta en el pico de la nariz, dos convidados a comer y cenar en los zancajos, llamando señor al maestro, y si tardo me toman a cuestras, y como si el culo aprendiera algo o le encomendaran la lición, le abren a azotes! Maldito sea quien tal quiere volver a nacer.

»Pues consideraos mancebos, acechados de la lujuria de las mujeres en toda parte y sitiados de su apetito, haciendo vuestras vidas y vuestras almas alimento de su desorden. ¿Ahora había yo de volver allá a calzar justo y andar mirándome a la sombra, trotando con los ojos las azuteas y los terrados, suspirando de noche, hecho mal agüero en competencia de las lechuzas, abrigando esquinas, recogiendo canales, adorando cabellos y dando mi patrimonio por la cinta de un zapato, y llamar favor que me pidan lo que no tengo? ¡Oh maldito sea, sobre maldito, quien tal